

Investigación y enseñanza

Ramón Peralta y Fabi

El director de la Facultad de Ciencias de la UNAM reflexiona sobre la equidad que existe entre la sigilosa tarea del profesor y el trabajo laborioso del investigador, ambos tejen un entramado indisoluble dentro del acontecer universitario.



Leonardo da Vinci, artefacto de guerra

¿Por qué es la investigación un tema central en la Universidad Nacional Autónoma de México, en particular en las facultades y escuelas, cuya vocación esencial es la formación de recursos humanos?

Una respuesta relativamente simple es que no tenemos la última palabra en absolutamente nada. Si hemos de transmitir conocimiento a las nuevas generaciones, lo menos que podemos hacer es compartir la incertidumbre sobre lo que enseñamos y las formas que hemos encontrado para minimizarla, así como las estrategias para adquirir un conocimiento más apropiado para entender nuestro entorno en toda su vastedad.

El punto de partida es que *el Universo es inteligible*. Desde esta posición, es claro que nuestra voca-

ción es explicar hasta dónde hemos alcanzado este propósito.

Independientemente del área particular de que se trate, por ejemplo la biología, la física o la química, divisiones que hemos introducido más por nuestras limitaciones que por alguna razón más profunda, el estudio de la Naturaleza siempre contiene una parte puramente descriptiva. A ésta se le trata de dar objetividad, consistencia y una explicación lo más sencilla y congruente; con menos éxito, se busca anticipar o predecir lo que sucederá si se varían o no algunas condiciones. De esta manera la vida adquiere cierta coherencia; uno se puede ir a dormir con la certeza de que al día siguiente saldrá el sol, es decir, de que ocurrirán ciertas cosas que garan-

La investigación es una parte profundamente imbricada con todos los aspectos del quehacer académico, pero sobre todo con la enseñanza...

tizan la persistencia del mundo, sin importar nuestro personal humor, salud, sentido o creencia religiosa. Después de todo, la visión actual del mundo natural es el resultado de una construcción sistemática, si bien no del todo entendida ni completa, en la que cada generación aporta nuevos elementos que afinan nuestra cabal comprensión. De este modo, Charles Darwin sustituyó las propuestas de Jean-Baptiste Lamarck y Albert Einstein las de Isaac Newton.

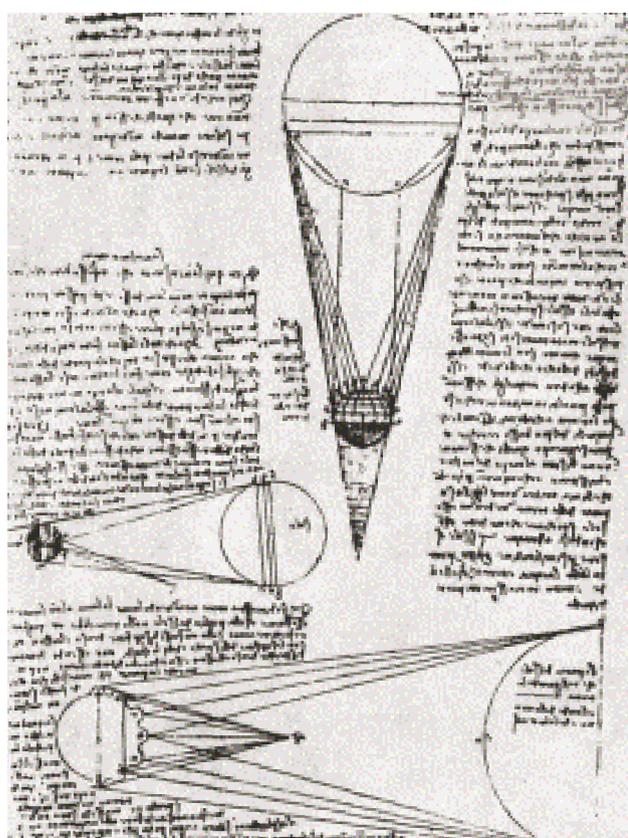
Cuando la temática nos incluye, como en las ciencias sociales, las humanidades y las artes, las cosas toman un sentido radicalmente distinto, si bien la inteligibilidad debiera seguir siendo una premisa. En este caso, la visión que nos hacemos de nosotros mismos lleva a un diálogo extemporáneo y permanente en el que distintas percepciones aportan elementos nuevos en las discusiones, permitiendo así que Juliana González hable con Platón y Francis Bacon disienta de Karl Popper. Sin duda Manuel Peimbert admira a Galileo Galilei, pero poco tiene que aprenderle, como ocurre cuando Aristóteles quiere explicarnos algo de física.

La enseñanza en la licenciatura, y desde luego en el posgrado, rebasa la mera repetición de conocimientos

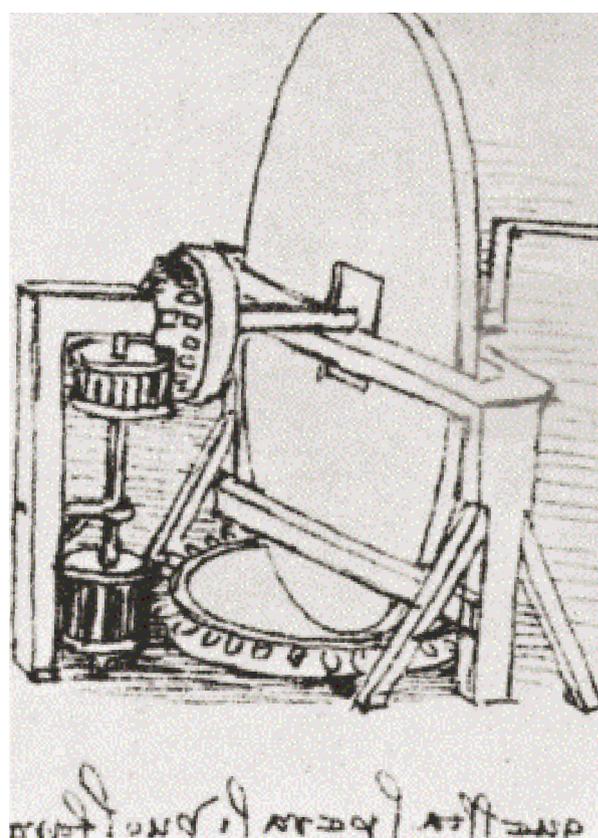
establecidos, mismos que nunca están libres de toda duda o interpretación. Cada pregunta sobre nuestro entorno, por simple que parezca, lleva implícita un conjunto de supuestos cuyo esclarecimiento antecede a la búsqueda de las respuestas. Las libertades de cátedra e investigación, temas que nos son esenciales y profundos —que pocas reflexiones han merecido— forman parte del tejido que entrelaza a estas dos partes del proceso intelectual que define a la Universidad.

Todo lo que toca nuestro intelecto es materia de nuestro interés: del macrocosmos al espacio de los intersticios atómicos, extremos cuyas concepciones excitan nuestras intuiciones; todos los seres vivos, cuyos detalles aún escapan a nuestra cabal comprensión, esto incluye a los que existieron, a los que con dificultad podemos insertar en nuestras clasificaciones y, también, a los que se refieren a sí mismos, a sus visiones cósmicas o comunitarias, a sus afanes alimenticios, musicales, filosóficos y sexuales, entre otros, individualmente o en grupo.

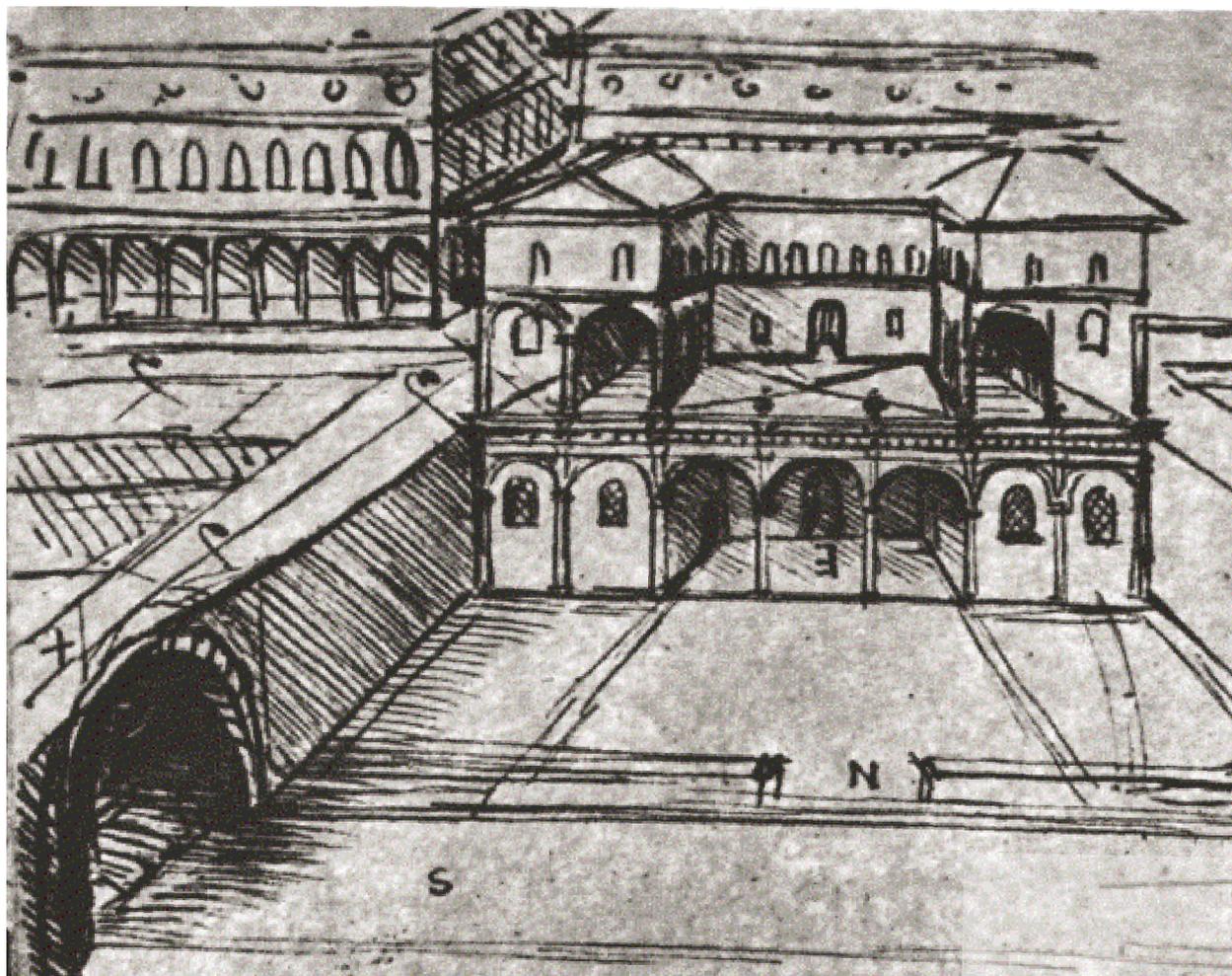
El hecho es que seguimos preguntándonos sobre lo que sucedió y lo que ocurrirá. Hemos cambiado los oráculos de Delfos por un conocimiento que conside-



Leonardo da Vinci, distancias entre la tierra, el sol y la luna



Leonardo da Vinci, máquina óptica



Leonardo da Vinci, diseño para la ciudad ideal

ramos útil, sutil y dúctil, y que nos permite predicciones más convincentes que aquellas de las pitías, a la vez que ofrece confianza en un mundo que no es ni el capricho de la divinidad, ni del caos.

La investigación es una parte profundamente imbricada con todos los aspectos del quehacer académico, y sobre todo con la enseñanza; en el nivel de la educación universitaria, es indisoluble. Sorprende, y a veces preocupa, que un docente no haga investigación alguna, como ocurre cuando un investigador se mantiene completamente al margen de la actividad que imbuje en nuestros jóvenes la posibilidad de una nueva visión.

El reciente Congreso de Investigación en Facultades y Escuelas abrió la posibilidad, por primera vez en muchas décadas, de hacer una reflexión sobre este sustantivo aspecto de nuestro quehacer, en voz alta, de manera conjunta y desde los más diversos puntos de vista.

La investigación que se desarrolla en las facultades, y aquí incluyo a las escuelas, tiene varias facetas. Por una parte, la de la disciplina como la que se lleva a cabo en las áreas de la biología, la economía, la física, la epistemología o la comunicación y, por otra parte, la de la docencia, en tanto que se estudian los procesos cognitivos o se exploran métodos, enfoques y alternativas para la enseñanza de cualesquiera de las áreas académicas. Cada fa-

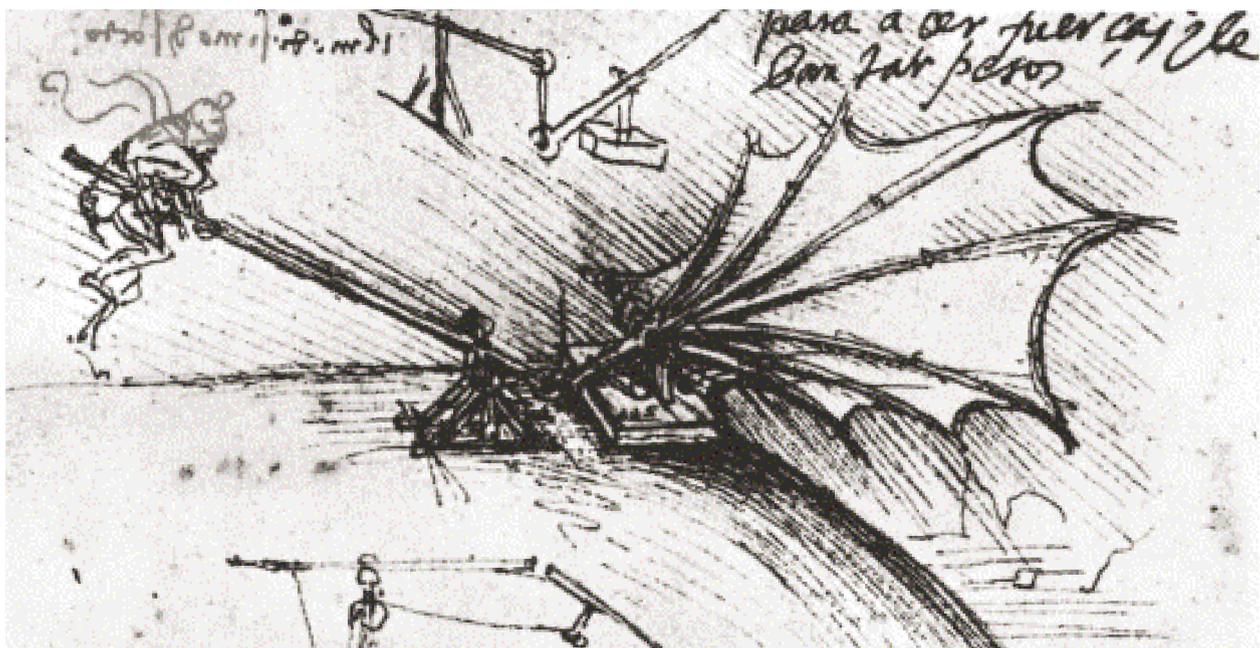
ceta contribuye a la luz que reflejan la comunidad universitaria y sus egresados.

En este congreso era fácil anticipar, y pronto se pudo confirmar, que un aspecto central sería el análisis de los problemas que existen para llevar a cabo la investigación en una facultad. Hubo un aspecto catártico, de queja, de protesta, y la gran mayoría de los argumentos son válidos. Los problemas, por cierto, difícilmente imputables a las autoridades actuales o pasadas se deben, en buena medida, a la estructura misma de la UNAM.

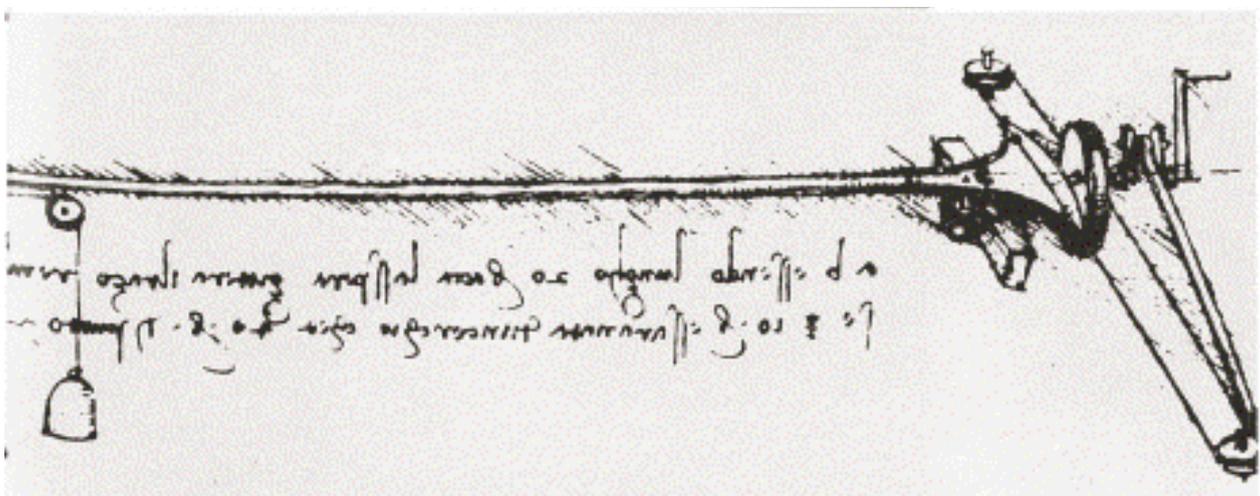
No conozco institución, nacional o extranjera, en la que los académicos consideren suficientes sus recursos materiales, incluidos los económicos, los de espacio o los de infraestructura. En cada una hay quienes tienen más o mejores condiciones y así ocurre en nuestra universidad y, por supuesto, en cada facultad.

En las facultades, en unas mucho más que en otras, hay necesidades serias de equipo, biblioteca, espacio e infraestructura general, cuando no de la atmósfera académica indispensable para el trabajo creativo. Dentro de una misma facultad, como es el caso de la de Ciencias, también son aparentes estas deficiencias y diferencias.

Algunos de los aspectos, que hasta muy recientemente han sido atendidos, son: uno, el que concierne a la legislación y la reglamentación universitarias en cuanto



Leonardo da Vinci, velívolo



Leonardo da Vinci, máquina de espejos

al papel de la investigación en las dependencias de la UNAM, y otro, la distribución del presupuesto para la investigación entre las facultades y los institutos.

Hay obligaciones estatutarias diferentes y claras entre profesores e investigadores, así como entre las facultades y los institutos. Además de las distinciones docentes están los criterios de evaluación, disímolos e incongruentes, en cuanto a que se aplican por igual cuando se juzga a los profesores y a los investigadores. El rigor en las evaluaciones debe ser el mismo, lo que se pide es ampliar la visión, de modo que se puedan apreciar las distintas responsabilidades que se asuman desde las facultades.

Es muy poco el aprecio que tiene nuestro sistema por quien dedica tiempo a los alumnos —en la asesoría, la tutoría o en la preparación que en aislamiento se requiere para cada hora de clase— y hacen una investigación que no siempre reditúa en artículos o libros, sino en el sigiloso trabajo de la enseñanza, frente a un grupo o de

manera personalizada; los sistemas de estímulos los pasan por alto, los reconocimientos los ignoran, y solamente los llevamos en el pensamiento —y en el corazón— cuando salimos de sus aulas o de sus cubículos portadores de una frase luminosa o un concepto finalmente aclarado; a veces simplemente porque fuimos escuchados al confesar nuestras dificultades, mismas que siempre conllevan el aprendizaje. Esta labor también es investigación, aunque no hemos tenido la capacidad para aprender a e valorarla, apreciarla y reconocerla.

Espero que pronto habremos de establecer las condiciones para la equidad en cada una de nuestras responsabilidades universitarias; donde se distribuyan los recursos de manera que sea irrelevante la dependencia desde donde se haga la investigación; cuando los nombramientos sean los mismos en facultades, centros, escuelas e institutos; cuando todos los universitarios seamos iguales en cuanto a oportunidades y condiciones. **U**